

periódica de este tipo proveniente de un medio que no es nada propicio para esta clase de actividades. Por ello debe ponerse de relieve el esfuerzo —logrado—, y desear larga vida a esta publicación cuando casi todo atenta en el Río de la Plata contra la expresión de pensamiento independiente, por faltar, entre otras muchas, las condiciones mínimas de tranquilidad para el trabajo filosófico.

MARIO H. OTERO

*Les Vérités de La Palice*, por Michel Pêcheux. Maspero, París, 1975. 278 pp.

Frente a la definición de la semántica como aquella parte de la lingüística que se refiere al sentido, Pêcheux intenta elaborar las bases de una “teoría materialista del discurso”, partiendo de una doble constatación: a) la semántica no es una “parte de la lingüística” (como lo son la fonología, la morfología y la sintaxis), sino que es el punto nodal en el que se concentran las contradicciones que asedian dicha ciencia; b) es en este punto nodal en donde la lingüística entra en relación con la filosofía y con la ciencia de las formaciones sociales. Es así que, bajo el título de ‘semántica’, se concentran problemas teóricos y políticos de gran importancia para el posible desarrollo de la lingüística.

En la investigación lingüística que se lleva a cabo actualmente en los países de Europa occidental encontramos tres tendencias principales, unidas entre sí por lazos contradictorios. La tendencia formalista-logicista (escuela chomskiana) es la que domina tanto a la tendencia histórica (“lingüística histórica”) como a la tendencia de la “lingüística

del habla” o de “la enunciación” (Jakobson, Benveniste, Kristeva, Greimas, Ducrot). La tesis fundamental de la tendencia formalista-logicista es la de que el lenguaje no es histórico porque es una estructura, un sistema. El objeto teórico de la lingüística es, entonces, explicar la lengua como sistema, sin preguntarse por las condiciones que la hicieron posible y sin hacer alusión a los “sujetos hablantes”. La forma explícita que toma la contradicción que opone esta tendencia a las otras dos, es la de una oposición entre sistema de la lengua y habla del sujeto.

El estudio de Pêcheux busca intervenir en la relación entre estas tres tendencias, sin pretender encontrar una cuarta vía que venga a resolver la contradicción; sólo busca formular algunos elementos científicos que puedan ser útiles para los lingüistas dispuestos a desarrollar las consecuencias de una posición materialista, dentro de una teoría marxista de las ideologías, en lo que se refiere a los “procesos discursivos”. Se trata, sobre todo, de empezar a elaborar los conceptos que permitan analizar científicamente el soporte lingüístico de los aparatos ideológicos del Estado. Es a lo que Pêcheux se refiere al hablar de una “teoría materialista del discurso”. No se trata, en absoluto, de una nueva teoría o disciplina.

Pêcheux dedica la primera parte de su libro al desarrollo histórico de la cuestión de la oposición entre lengua y habla, llegando a la conclusión de que los problemas “semánticos” con los que se encuentra actualmente la lingüística, constituyen una especie de retorno a los orígenes de esta ciencia, a aquello de lo que tuvo que separarse para constituirse como ciencia: un retorno a las oposiciones lógica/retórica y existencia de la lengua/uso de la lengua. Estos

“orígenes” están presentes en la lingüística bajo la forma de “filosofía del lenguaje”, que trata de solucionar la dicotomía lengua/habla como oposición entre teoría del conocimiento y retórica.

Esta filosofía de los filósofos, que reproduce y alimenta la filosofía espontánea de los lingüistas que trabajan en el campo de la semántica, se “olvida” de la existencia de los discursos científicos históricamente constituidos, en provecho de una “teoría universal de las ideas”. Así, se borra toda distinción entre lo que es ciencia y aquello que no lo es. La ciencia es concebida como un conjunto de procedimientos administrativos eficaces; el espíritu humano como una “máquina para clasificar”.

Los “semánticos” utilizan la “máquina clasificadora”: su funcionamiento es perfecto cuando se trata de clasificar cosas o personas. Por ejemplo, un *soltero* se caracteriza como (físico)-(animado)-(humano)-(adulto)-(masculino)-(no-casado). Pero cuando se trata de realidades tales como la *historia*, las *masas*, la *clase obrera*, la *máquina deja de funcionar*. Ya no es posible decir obviedades del tipo “todo hombre no-casado es soltero”. La Palice, “patrón de los semánticos” (héroe de una canción francesa del siglo XIX, llena de verdades demasiado evidentes, de perogrulladas), se ve obligado a guardar silencio frente a estas realidades que no se dejan clasificar por este medio (Cf. p. 28).

Para que desaparezca la existencia ficticia de conocimientos en lo imaginario, para que sea posible abordar la contradicción entre lengua y habla, por la cual sobreviven y se agravan las dificultades de la lingüística, es necesario plantear la tesis fundamental del materialismo que afirma el primado del ser sobre el pensamiento. Esta tesis esencial del materialismo plantea la existencia nece-

saria de lo real independientemente del pensamiento y fuera de él, y, en consecuencia, la independencia del conocimiento científico (proceso científico-conceptual) en relación con el sujeto. Al mismo tiempo, plantea que el pensamiento depende necesariamente de lo real y no existe fuera de lo real: el sujeto depende del mundo exterior y los efectos que actúan sobre él como sujeto tienen un carácter necesario (proceso nocional-ideológico). Sólo así será posible pasar de “la evidencia (lógico-lingüística) del sujeto, inherente a la filosofía del lenguaje en tanto que filosofía espontánea de la lingüística, hasta aquello que permite pensar la ‘forma-sujeto’ (y específicamente el ‘sujeto del discurso’) como un efecto determinado del proceso sin sujeto” (p. 74). Pêcheux se propone llevar a cabo un estudio materialista del discurso. El hilo conductor de este estudio es la categoría filosófica de “proceso sin sujeto”.

La intervención de la filosofía materialista en el terreno de la ciencia lingüística tiene como primera consecuencia hacer la distinción entre lengua y discurso. Todo sistema lingüístico, en tanto que conjunto de estructuras fonológicas, morfológicas y sintácticas posee una autonomía relativa, la cual se caracteriza por la “indiferencia” de la lengua con respecto de la lucha de clases. Sin embargo, lo contrario es falso: las clases no son “indiferentes” a la lengua, lo cual se traduce por el hecho de que todo proceso discursivo se inscribe en una relación ideológica de clases. De ahí la importancia del estudio del mecanismo ideológico implicado en toda práctica lingüística.

Con el fin de estudiar la base común sobre la que los procesos conceptuales-científicos y los procesos nocionales-ideológicos se constituyen en tanto que pro-

cesos discursivos, Pêcheux toma como punto de referencia lógico-lingüístico la relación entre explicación y determinación. Este punto nos conducirá, a través de la cuestión de la naturaleza material del sentido, a los fundamentos de una *teoría materialista del discurso*.

La interpretación formalista de los dos mecanismos lingüísticos discursivos —el engarce [*enchassement*], determinación, y la articulación de enunciados, explicación—, mecanismos mediante los cuales se da la relación entre base lingüística y proceso discursivo, no da cuenta, como es obvio, de los elementos ideológicos en el discurso. Se trata de una concepción idealista que encuentra su fundamento en la noción ideológica de *sujeto*: la subjetividad aparece como fuente, origen, punto de partida del sujeto y del sentido.

Una teoría materialista de los procesos discursivos necesita para su desarrollo de una teoría no-subjetiva de la subjetividad, cuya primera tarea sería la de corregir el error central del idealismo: debería considerar a las ideologías como *formas materiales* y no como simples *ideas* y concebir que son estas ideologías las que *constituyen a los individuos en sujetos* y no que tienen su origen en los *sujetos* (Cf. p. 117). Bajo la evidencia por la cual el sujeto se reconoce como sujeto, como origen o causa en sí, y bajo la evidencia de la constitución del sentido, se encuentra el proceso de la *interpelación-identificación*. El efecto de la interpelación, por el cual la ideología “interpela” a los individuos en sujetos, es el que abre la problemática de una teoría materialista de los procesos discursivos, colocando los problemas en su lugar, esto es, articulando dicha problemática a la de las condiciones ideológicas de la reproducción/transformación de las relaciones de producción.

Son estas “evidencias”, de la constitución del sujeto y de la constitución del sentido, producidas por la ideología, las que ocultan el carácter material del sentido, el cual reside en su dependencia constitutiva con respecto del “todo complejo de las formaciones ideológicas” (Cf. p. 114). El sentido no depende de un sujeto ni existe en sí mismo. El efecto de sentido se constituye en una formación discursiva determinada, la cual representa “en el lenguaje” la formación ideológica que le corresponde. Son las formaciones-discursivas las que “interpelan” a los individuos en sujetos de su discurso, dándole, imponiéndole, a cada uno, “su realidad”. “*Las modalidades materiales-históricas bajo las cuales la necesidad-real determina las formas contradictorias de existencia del pensamiento están constituidas por el conjunto complejo con-dominante de las formaciones discursivas, o interdiscurso, intrincado en el conjunto de las formaciones ideológicas que caracterizan una formación social dada en un momento dado del desarrollo de la lucha de clases*” (p. 236).

Puesto que las prácticas discursivas no son autónomas y sólo pueden definirse en su relación precisa con las prácticas no-discursivas, dar cuenta de un discurso es salir del discurso mismo. El concepto de *formación discursiva* (con el concepto de *interdiscurso*: “todo complejo con-dominante” de las formaciones discursivas), por su relación con el lenguaje y con la ideología, es el concepto que permitirá desarrollar una teoría no subjetiva de la constitución del sujeto en la situación concreta de enunciator; es el concepto que dará cuenta de las modalidades materiales discursivas que la ideología en su exterioridad impone al pensamiento. El idealismo es, por el contrario, el funcionamiento espontá-

neo de la *forma sujeto* por medio del cual se da como esencia de lo real aquello que es efecto representado para un sujeto.

Pêcheux dedica la última parte de su libro al estudio de las incidencias de estos elementos sobre dos cuestiones centrales para el marxismo: a) la producción de conocimientos científicos, b) la práctica política revolucionaria proletaria.

El funcionamiento nocional-ideológico se realiza siempre bajo la dominación de la forma sujeto (específicamente la forma sujeto del discurso). El funcionamiento conceptual-científico no se articula en la forma sujeto del discurso, puesto que ningún sujeto es portador de la necesidad-pensada. El proceso de producción de los conocimientos es un proceso sin sujeto. Pero, y esto es importante, el discurso científico no existe jamás en "estado puro" y es imposible separarlo de toda ideología: "toda ciencia está *siempre* envuelta (rodeada, cercada) por 'lo ideológico'" (p. 182).

El proceso de conocimiento y de transformación de lo real, proceso sin sujeto, se lleva a cabo mediante tomas de posición por la objetividad (materialismo) o negando la objetividad (idealismo). La apropiación de lo real por el pensamiento no consiste entonces en una "desubjetivización" del sujeto, sino que supone un trabajo de apropiación subjetiva en y sobre la forma sujeto.

El libro de Pêcheux se inscribe claramente dentro de la tendencia althusseriana. Su contribución (en colaboración con M. Fichant) al "Curso de filosofía para científicos" dirigido por L. Althusser, *Sobre la historia de las ciencias* (1969), constituye una aportación importante a la concepción "discontinua" de la producción e historia de las ciencias. Ese mismo año publica

*Analyse automatique du discours* (Paris, Dunod). Más adelante publica en *Langages* (Nº 24, 1971), junto con C. Haroche y P. Henry, el conocido artículo "La sémantique et la Coupure saussurienne: langue, langage, discours". Es en esa misma revista (*Langages*, Nº 37, 1975) en donde se publica su estudio *Analyse du discours, langage et idéologies* (en colaboración con C. Fouchs, A. Grésillon y P. Henry) en el que encontramos algunos de los conceptos fundamentales que aparecen en *Les Vérités de La Palice*. No resulta difícil notar que desde un principio el interés fundamental de Pêcheux reside en la cuestión de cómo se da el mecanismo ideológico en el lenguaje.

*Les Vérités de La Palice* está dedicado a filósofos y lingüistas. Tratemos de precisar cuáles son las aportaciones del autor en relación con estas dos ramas del saber que son la filosofía y la lingüística.

Lo primero que hay que señalar es que lo que se llama "filosofía del lenguaje" no es lingüística, ni ha influido en el desarrollo de esa ciencia. Los lingüistas generalmente no toman en cuenta a los "filósofos del lenguaje" en la producción de sus teorías. Chomsky, por ejemplo, cuando habla de filosofía menciona a Descartes, a la gramática de Port-Royal, pero no toma en cuenta a los filósofos contemporáneos del lenguaje, formalizado o no.

Pero si bien la "filosofía del lenguaje" no es lingüística, el problema del significado, de que trata la semántica, sí es un problema que la lingüística trabaja; y no sólo es un problema, sino que es el punto de tropiezo de todas las teorías lingüísticas actuales. Pêcheux plantea una cuestión significativa para la lingüística: la semántica no les corresponde a los lingüistas como un problema

lingüístico, puesto que tal problema rebasa los límites de dicha ciencia. La alternativa es desplazar este problema del significado del terreno estrictamente lingüístico hacia una intersección en la que se encuentran la ciencia de la historia o de las formaciones sociales, la filosofía marxista, la teoría psicoanalítica freudiana y la lingüística. Si hay ciertos problemas a los que aparentemente la lingüística no puede responder —por ejemplo, la distinción entre lengua y habla, la efectuación del lenguaje por el sujeto hablante, etc.—, desde otros lugares teóricos se proponen explicaciones en relación con estos problemas lingüísticos. De ahí la necesidad de la lingüística de recurrir a otras regiones explicativas, a otros lugares teóricos. La lingüística se encuentra, entonces, en una región teórica, en donde se articulan explicaciones de otras configuraciones teóricas pertenecientes a otras ciencias —teoría de las ideologías, teoría del inconsciente, etc. A partir de esa articulación teórica, la lingüística puede resolver algunos de los problemas que se plantean.

Esto explica el uso de conceptos pertenecientes a otras ciencias en el estudio de Pêcheux. Es el caso, por ejemplo, de la figura de la “interpelación” althusseriana, o de la tópica freudiana, las cuales tienen como fin dar cuenta de la subjetividad del sujeto, de la constitución de los sujetos.

La “semántica” se presenta como el punto débil de la lingüística. De uno u otro modo, la lingüística tradicional ha dejado de lado el problema del significado, ya sea considerando al lenguaje únicamente como un conjunto de oposiciones (Bloomfield y la escuela norteamericana) o sosteniendo que el significado es sólo y únicamente un hecho del lenguaje, algo totalmente interno al

lenguaje mismo (posición empirista). El valor del trabajo de Pêcheux es pensar el lenguaje y su exterioridad (motor del problema semántico) en términos materialistas, dando fin a todo análisis idealista del lenguaje.

Desde el punto de vista semántico, la lengua aparece con un carácter de clase. Hay procesos de semantización en los que interviene una posición de clase. La lengua se presenta como un vehículo del mecanismo ideológico y un vehículo unificador de las formas ideológicas. Todo discurso adquiere su mayor o menor eficacia dentro de los aparatos ideológicos del Estado. Por lo tanto, toda práctica lingüística se encuentra inscrita en el funcionamiento de los aparatos ideológicos del Estado de una formación social dada. El concepto de “formación discursiva” propuesto por Pêcheux intenta pensar justamente ese campo impersonal, extra-discursivo, que determina y condiciona el efecto de sentido. El autor pone en juego los límites de lo que la lingüística ha juzgado tradicionalmente como semántica. Al tratar la significación como producción ideológica y, por ende, histórica, la semántica filosófica deviene imposible. La noción de sentido pasa a ser pensada en términos de ideología, de lucha de clases. El sentido deja de ser algo inherente a las palabras: hay tantos sentidos como se puede hablar de posiciones de clase en formaciones discursivas.

Podría plantearse si las dificultades insalvables que produjo la dicotomía ciencia burguesa-ciencia proletaria abandonada por los teóricos marxistas (en algún caso sustituida por saber burgués-saber proletario, Rancière et al., *Lectura de Althusser*, Ed. Galerna, Buenos Aires, 1970) no repercuten de algún modo en el concepto de formación discursiva de Pêcheux. Por otro lado,

Bourdieu y Passeron (*Los estudiantes y la cultura*, Ed. Labor, Madrid, 1967) y Baudelot y Establet (*La escuela capitalista, Siglo XXI, México, 1975*) mostraron la existencia de lenguajes de clase diferentes con consecuencias no triviales aun en las formas de la enseñanza institucionalizada.

El tema de *Les vérités de La Palice* recibe cada vez mayor atención, y la obra de Pêcheux constituye un aporte significativo a su elaboración.

CORINA DE YTURBE

*Gesamtausgabe der Bayerischen Akademie der Wissenschaften. Nachgelassene Schriften zu Platners "Philosophischen Aphorismen" 1794-1812*, de Johann Gottlieb Fichte. Herausgegeben von Reinhard Lauth, Hans Jacob und Hans Gliwitzky. Stuttgart-Bad Cannstatt 1976. Friedrich Frommann Verlag. (págs. I-VIII, 1-416.)

El plan trazado hace años por la Academia de las Ciencias de Baviera —institución que auspicia la empresa editorial— para la gran edición de los escritos de Fichte —obras, tratados inéditos, opúsculos, folletos, artículos, cuadernos de clase redactados por discípulos, cartas, etc.— va cumpliéndose con admirable regularidad. El último tomo enviado por la editorial al Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM lleva el número II, 4 (el cuarto de las obras póstumas) y acaba de ser publicado en este año de 1976.

El texto del presente volumen está dedicado en su totalidad (págs. 37-368, menos la Introducción, el Prólogo y los

Índices) a la reproducción de varios manuscritos que contienen unos comentarios de Fichte a la obra *Aforismos filosóficos*, de Ernst Platner. El título de esos comentarios sería propiamente *Sobre lógica y metafísica*, pues ése fue el tema indicado por Fichte mismo, de las lecciones o cursos que durante varios años (1794-1799, 1801-1802) sustentó en las universidades de Jena y Berlín, y en los que comentó el libro mencionado. Como es fácil de advertir, no se trata de una obra propiamente, estructurada, elaborada y redactada como tal, sino de "apuntes" o "notas" —como los llaman los editores— para las lecciones, esto es, guiones de clase. En cuanto al libro objeto de los comentarios, se trata de una obra muy leída en la época, dispuesta en dos partes, la primera de las cuales —la comentada por Fichte— conoció tres ediciones: 1776, 1784, 1793. Parece tener cierto carácter escolástico y haber servido de libro de texto.

Como los tomos anteriores, éste presenta una gran pulcritud y nitidez en la edición en general y en la tipografía. Pero, sin duda, más importante que esto es la rigurosidad y el sumo cuidado en la reproducción del texto de los manuscritos, para lo cual se han seguido los principios más estrictos, a fin de lograr la mejor lectura posible, sea respetando todas las características del manuscrito, sea anotando cualquier detalle externo de la escritura, como tachaduras, enmiendas, adiciones interlineales, marginales, etc., sea modificando o añadiendo sólo lo absolutamente necesario para la corrección gramatical y la inteligencia del contenido. Este tipo de adición requiere no un especialista, sino todo un grupo de personas especializadas, tanto en orden a la lectura difícilísima de los manuscritos (yo pude ver en microfilm algunos de Fichte, que están a la disposición